

ELOGIO DE LA HERMANA OSCURIDAD

Dolores Aleixandre

Nos ha visitado una luz de lo alto

Un día, la voz de unos testigos afirmó que el tiempo se había cumplido: "Nosha visitado el sol que nace de lo alto para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombras de muerte" (Lc 1,79). La gloria del Señor los envolvió de claridad (Lc 2,9) y un anciano podía exclamar: "¡Mis ojos han visto a tu Salvador: lo has colocado ante todos los pueblos como luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo, Israel!" (Lc 2,30-32).

La Palabra era la Luz verdadera que ilumina a todo hombre (Jn 1,9) y se atrevía a gritar: "¡Yo soy la luz del mundo: el que me sigue no anda en tinieblas, tendrá la luz de la vida!" (Jn 8,12).

Y los que la recibieron confesaban deslumbrados: "¡Hemos visto su gloria!" (Jn 1,14). Pero también contaban que, cuando quisieron plantar su tienda junto al que se transfiguraba en su presencia, con los vestidos resplandecientes como la luz, *se formó una nube* que, como en los relatos del Antiguo Testamento, los envolvió con su sombra, y una voz vino desde la nube: "Este es mi hijo amado: escuchadlo" (Mc 9,2-13).

Había que seguir entrando en la nube: ésa era la conclusión de aquellos que narraban la experiencia de los primeros testigos; y, detrás del código simbólico en que venía cifrado, su mensaje quería comunicar: la luz de Dios ha entrado hasta la entraña más herida de nuestro mundo y, aunque la oscuridad parece seguir tan densa como antes, ahora está habitada por la claridad de la presencia del Resucitado. Nuestra tiniebla ya no acontece en un contexto trágico; la oscuridad no es más que la condición del tránsito del ver al creer, la compañera fraterna del "todavía" que nos mantiene amarrados a esta historia que Dios ama.

Los evangelistas lo repiten de mil modos, utilizan todos sus recursos narrativos y buscan cualquier camino que pueda reconciliarlos con nuestra oscuridad. Siembran la sospecha ante nuestras nostalgias de clarividencia y ante nuestras prisas por anticipar ese día en el que ya no habrá noche (Apoc 22,5), pero que sólo nos es ofrecido como futuro.

Cada acontecimiento luminoso destaca sobre un fondo de sombra y coexiste con ella: el que María esté bajo la acción del Espíritu no elimina las dudas de José (Mt 1,18-19) ni la alegría del nacimiento de Jesús impide la muerte de los inocentes (Mt 2,16). La intemperie del pesebre y la fragilidad del niño no desaparecen por más que una multitud del ejército celestial cante un himno al Dios altísimo (Lc 2,12-14).

La gracia de Dios estará con el niño, pero no le evitará el tener que someterse al lento proceso de la maduración humana.

"El primer día de la semana, de madrugada, *cuando todavía estaba oscuro...*" (Jn 20,1): así comienzan los relatos de apariciones del Resucitado en el evangelio de Juan. Los datos temporales que señalaban la novedad del comienzo se inscriben sobre el fondo de una oscuridad no acabada. El "todavía" subraya una tensión, insinúa un conflicto no resuelto, una resistencia de la noche al día. Pero, a la vez, abre una perspectiva, una orientación, como si viese la oscuridad atravesada por una dirección.

"Quédate con nosotros, que está atardeciendo y el día va ya de caída", dirán los de Emaús (Lc 24,29). La presencia del resucitado no impide la llegada de las sombras. Antes y después de reconocerle, la realidad de la noche sigue ahí, pero de pronto ha perdido su fuerza amanzadora y los dos discípulos pueden emprender una carrera en medio de ella, porque ahora su corazón está en ascuas (Lc 24,32).

Jesús, inductor de oscuridades

Hay una continuidad de fondo entre los relatos de Pascua y los que tienen como sujeto a aquel hombre que recorría los caminos de Galilea. Los que lo escuchaban entonces sentían que tenían cerca una luz intensa (Mt 4,16), pero, al mismo tiempo, su desconcertante libertad provocaba en ellos la extrañeza. Como si, antes de acceder a la claridad que presentían como promesa, tuvieran que adentrarse también en la nube, entregando su confianza a fondo perdido de aquel *inductor de oscuridades* que, además de no ofrecer a los que le seguían ni un lugar donde reclinar la cabeza, se atrevía a introducirles en:

La oscuridad de la certidumbre: la de sus propias dudas sin resolver que parecen traslucirse tras los textos evangélicos (hacer más o menos milagros, mostrarse o no, dedicarse a los judíos a los gentiles...). En contraste con la autoridad de sus palabras, parecía ignorar los cómo y los cuándo de la llegada del Reino que anunciaba (Mc 13,32). Al no dominar el futuro, vivía referido constantemente a Otro que le señalaba el camino y cuyo rostro buscaba incansable durante las noches y las madrugadas de oración (Mc 1, 35).

* *La oscuridad del riesgo:* Su enseñanza conducía peligrosamente hacia un lugar del cual había que decidirse a dejar atrás los comportamientos seguros y familiares y atreverse a avanzar por un camino desconocido, sin más garantía que una palabra dada:

- invertir el talento podía salir mal y no traer beneficios, sino pérdidas (Mt 25,27);
- venderlo todo para comprar una perla era correr riesgo de

una apreciación exagerada de su verdadero valor (Mt 13,45-46);

- seguir esperando con las lámparas encendidas más allá de la hora razonable (Mt 25,5) era exponerse a gastar el aceite inútilmente;
- despreocuparse tanto de la comida y del vestido (Lc 12, 22-24) suponía olvidar que también hay gorriones que mueren de frío en invierno.

Su palabra parecía arrastrar hacía el vacío a los que le entregaban su fe; era una peligrosa invitación a adelantar certezas, a ponerse en camino confiadamente, como aquel funcionario que creyó en la curación de su hijo antes de comprobarla al llegar a su casa (Jn 4,43-45), o como el centurión , que no reclamó la certidumbre de la presencia del Maestro (Mt 8,5-13).

Había que adelantarse a retirar la losa del sepulcro de un muerto que ya apestaba después de cuatro días, llegando con la fe hasta los límites de lo imposible (Jn 11,39-40). Había que madrugar, como las mujeres en la mañana del primer día de la semana, sin que la existencia de la piedra inamovible las disuadiese de ir a ungir el cuerpo roto de un crucificado (Mc 16,1-4).

Había que correr el riesgo de vivir colgados de la provisionalidad del cada día, sin la seguridad del granero repleto (Lc 12,19) o del talento enterrado bajo tierra (Mt 25,25). Había que vivir con la tranquila despreocupación de quien ha cambiado la ansiedad por el abandono.

* *La oscuridad de las dinámicas de desaparición:* la de la sal y la luz para salar y alumbrar (Mt 5,13-15); la de la levadura para levantar la masa (Mt 13,33); la del grano de trigo para dar fruto (Jn 12,24). La de la lógica -tan humana- de querer ganar siempre, cambiándola por la seguridad no demostrable de que, cuando se pierde, se empieza, paradójicamente, a poseer (Mc 8,35).

* *La oscuridad de lo ambiguo y de lo mezclado:* aceptar la imposible evidencia de dónde acaba la cizaña y empieza

el trigo (Mt 13,29); o de que, al echar la red, se vaya a capturar sólo peces buenos (Mt 13,47).

Renunciar a clasificar a nadie y darle por perdido. Encajar la ambigüedad de las malas compañías que proyectaban sus sombras de dudosa fama sobre el Maestro (Lc 15, 1-2), la cuestionable eficacia apostólica del hecho que le tuvieran por un comilón y un borracho (Mt 11,19) o de que aceptase también como amigos a Nicodemo, a Zaqueo o a Simón el fariseo, poniendo en cuestión así la radicalidad de sus planteamientos y la verdad de sus preferencias por los más pequeños.

* *La oscuridad de la sospecha, de la relativización de lo evidente:* incomodidad de unas afirmaciones nada tranquilizadoras, de una siembra de interrogantes que hacían tambalearse viejas seguridades. Quizá los ciegos no sean quienes parecen (Jn 9,1-36); los que todos consideraban "fuera" y "lejos" ¿no serán los que para el Padre están "dentro" y "cerca"(Mt 22,10)? ¿Sera verdad que esos sirvientes, despreciados como "últimos", son los verdaderos señores (Mc 10,44-45)? Y ese dinero, tan codiciado y valorado ¿cómo puede convertirse en causa de maldición para quienes lo atesoran (Lc 6,24).

* *La oscuridad de la dedicación a las causas perdidas,* del desvelarse por personas o grupos no cualificados ni rentables, carentes de influencia y de significación social o religiosa, desprovistos de posibilidades de futuro. Dedicar tanto tiempo a enfermos, mujeres, niños, publicanos, extranjeros..., a los sectores marginales de la sociedad, ¿no suponía un innecesario desgaste de esfuerzos y de energías? ¿No eran los hombres y los grupos del verdadero Israel los que, si se convertían, podrían dar un giro real a la situación del pueblo?

* *La oscuridad de los medios pobres:* la incomprensible obstinación en no apoyar su predicación ni la misión de los suyos más que en la sola fuerza de la palabra, como si hasta un par de sandalias de más fuera a perjudicar su eficacia (Lc 10,4). ¿Por qué aquella elección de discípulos, tan mal

aconsejada, que reclutaba a pescadores y recaudadores de impuestos y prescindía de un escriba, del prestigio intachable de un fariseo, del poder de un saduceo o de la rectitud y el ascetismo de un esenio?

* *La oscuridad de los comportamientos débiles:* no apagar la mecha vacilante ni quebrar la caña cascada (Mt 12,20); expresar con rotundidad una convicción ("no he venido más que para las ovejas perdidas de Israel") y dejarse persuadir en seguida por la instancia de una mujer no israelita (Mc 7,24-30); renunciar a los planes de hacer descansar a los suyos, tan agotados, por atender a unas gentes por el solo hecho de que le daba compasión el que le hubieran seguido, hambrientas de su presencia o de sus milagros (Mc 6,31-34); subir decididamente a Jerusalén al encuentro del conflicto (Mc 10,32) y confesar luego, desvalidamente, su miedo a morir (Mc 14,34)...

¿Por qué animar conductas que no dejan claramente a salvo la justicia equitativa? El que cobró, trabajando una hora, lo mismo que el que había estado en la viña desde el amanecer, ¿no exigirá en adelante como debida la esplendidez que se le dio como regalo (Mt 20,1-16)?

¿Por qué dejar tan en la sombra el valor del castigo que sirve de escarmiento? El que cuenta con que va a ser perdonado setenta veces siete ¿no perderá, a la larga, el sentido del pecado? Y el hijo tan desmesuradamente acogido después de su tormentosa aventura ¿no volverá a marcharse en cuanto haya en su casa otro becerro cebado con el que poder celebrar con otro banquete su vuelta (Lc 15,11-32)?

* *La oscuridad del ocultamiento de lo valioso:* conflictividad de tener que vivir viendo lo que otros no ven y danzando al ritmo de una melodía inaudible para la mayoría, aguantando en la pobreza "la burla de los que aman la riqueza" (Lc 16,14).

Porque ¿quién puede entender el extraño comportamiento del hombre que lo vende todo para comprar un campo baldío, pagando por él mil veces su precio (Mt 13,44)? ¿Quién tolerará el escándalo de los buscadores de Dios más allá del

ámbito de lo sagrado, de los que pretenden reconocerlo en las fronteras de la muerte, allá donde viven los sin techo, los hambrientos, los privados de libertad... (Mt 25,31-46)? ¿Quién no se resistirá a llamar "dichosos" a los empobrecidos y perseguidos (Lc 6,20-22)? ¿O quién aceptará como Señor a un rey de burla, a un hombre torturado y llevado a rastras hacia la muerte por las calles de Jerusalén? ¿Cómo confiar en que existe un Dios que escucha a los hombres, si ni siquiera el que se llamaba hijo suyo consiguió ser liberado de la muerte, aunque lo pidiera a gritos y con lágrimas (Heb 5,7)?

* *La oscuridad del retraso del Reino*, de la dureza de la espera del esposo que se retrasa (Mt 25,5), o del amo que se fue sin decir cuándo iba a volver (Mt 24,48), o de la tensa vigilancia de quien teme al ladrón nocturno (Mt 24,43), o del criado que aguarda desvelado a que su señor regrese de la boda, para que no tenga que esperar ni un momento a la puerta (Lc 12,36).

Sabiduría difícil de adaptarse a la lentitud de los procesos de germinación (Mc 4,27) o de gestación (Jn 16,21), sin intentar manipularlos ni precipitarlos, fiados en el impulso de un crecimiento que está fuera del propio alcance.

* *La oscuridad de lo gratuito*, de lo recibido sin que brille el mérito propio, sino la esplendidez del que es "bueno del todo" (Mt 5,45-48). Misterio de lo que "tiene gracia" es comportarse con los otros a fondo perdido y sin esperar nada a cambio (Lc 6,32-35), porque es lo que consigue que se refleje en los hijos algo de los rasgos del Padre.

Oscuridad de los gestos de entrega sin cálculo, más allá de lo útil: derramar un perfume precioso (Jn 12,3); echar en el cepillo también las dos moneditas que hacen falta para vivir (Lc 21,2); sentarse a los pies del Maestro descuidando la eficacia inmediata del servicio (Lc 11,39); permanecer hasta el final junto al que se ama (Jn 19,25)...

* *La oscuridad de las opciones irreversibles*: la de venderlo todo y dárselo a los pobres antes de saber si el camino que se emprende tiene verdadero futuro (Mc 1,18); la de

hacerse eunuco por un Reino cuya fecundidad no siempre se llega a comprobar (Mt 19,12); la de subir a Jerusalén a correr la suerte de alguien que está ya cercado por la muerte (Jn 11,16).

* *La oscuridad de lo conflictivo*: tensión de ser a la vez sencillos y astutos (Mt 10,16); de dejar ver a los otros las buenas obras para que glorifiquen al Padre (Mt 5, 16), pero esconderse a la hora de rezar, de ayunar o de dar limosna (Mt 6, 1.6.7).

Optar por cosas tan discutibles como no despedirse de la familia (Mt 8,21) ni anteponer al padre o a la madre al seguimiento de alguien que es casi desconocido (Mt 10, 37); tener que saludar con la paz al recorrer los pueblos anunciando el evangelio y vivir la contradicción de estar en guerra con los de tu propia casa (Mt 10,34).

* *La oscuridad de la confianza sin evidencia*, de la aceptación de que el Dios en quien hay que refugiarse como "Abba" se esconde a veces en la ausencia y el silencio, de que el Dios del júbilo es también el que hunde en el misterio. Seguir confiando en que su amor sigue ahí, más allá del muro impenetrable del sufrimiento. Creer que sus manos siguen siendo capaces de acoger la propia vida, precisamente cuando esa vida está más herida por el abandono y por la muerte (Lc 23,46).

De "hijos de las tinieblas" a "hermanos de la oscuridad"

Este podría ser el camino de transformación que nos señala el Evangelio desde la clave en que hemos intentado leerlo. Y éstos podrían ser algunos de los pasos de ese camino:

1: *Abrirnos al cuestionamiento de lo que consideramos evidente*: dejarnos preguntar y "descolocar" por la Palabra, sospechar de nuestras "clarividencias meridianas" y de nuestras lógicas aplastantes. Aceptar que los eficaces principios de racionalidad instrumental no sean válidos para nuestra condición humana tan compleja, tan inmanipulable en su secreto último, tan distinta, en su "latencia", de la "paten-

cia" absoluta que van buscando la ciencia y la técnica.

Recordar que el misterio de los otros nunca aparecerá nítidamente en la pantalla de nuestro ordenador, ni su libertad será programable, ni la relación con el otro podrá ser jamás algo de "usar y tirar", ni el proceso de formación de una comunidad, o de una pareja, o de una amistad, se puede someter a la velocidad del micro-ondas.

Por eso, estar dispuestos a desplazar nuestras verdades absolutas, nuestras efectividades a corto plazo. Porque, quizá, lo que consideramos negatividades (la lentitud, la desinstalación, la incertidumbre, las limitaciones propias y ajenas) tengan que ver con el Reino mucho más de lo que queremos pensar.

2. *Entrar en la "nube" de cada momento histórico y de cada corriente cultural*, incluso en aquello que nos adviene, como dice Abraham Heschel, "con su vertiginosa insipidez". Sin aceptar como definitivas las luces que nos aporta, pero buscando las semillas del Verbo" de que están sembradas

Luchar por encajar la provisionalidad, el juego de luces y sombras, la dureza de tener que adoptar posturas contraculturales que carecen de plausibilidad y que en nuestro hoy desempeñan un papel semejante al de las "humillaciones, injurias y menosprecios" de que hablan los maestros del espíritu.

Aprender humildemente a aguantar, a permanecer, a soportar, a arriesgar, a vigilar, con la convicción de que es la noche la que mide al centinela, de que la verdadera dicha está en creer antes de haber visto (Jn 20,29) y en atreverse a amar a alguien cuyo rostro nunca se ha contemplado (1 Pe 1,8).

3. *Contar con la oscuridad como algo normal*, como aquello que ya otros creyentes antes que nosotros reconocieron como una vieja costumbre de Dios:

"En verdad, tú eres un Dios escondido,
el Dios de Israel, El salvador" (Is 45,
15).

"Es gloria de Dios ocultar un proyecto, es gloria de reyes descubrirlo"(Prov. 25,2).

"El Señor hizo oír su voz a Moisés y lo introdujo en la nube" (Eclo 45,5).

Intentar familiarizarnos con este proceder reincidente de nuestro Dios, dejar considerarlo como una ventaja que nos evita la búsqueda en la noche; recordar que su luz no es como un faro que suprime las tinieblas, sino como un farolillo que acompaña al caminante y sólo le alumbra el siguiente paso que debe dar (Sal 119,105).

Frecuentar los *lugares oscuros* del evangelio: Belén, Nazaret, Getsemaní, el montecillo fuera de la ciudad en el que agoniza un galileo rebelde... Grabar en nuestro corazón la imagen oscura del Siervo que carga con dolor de otros, que se mezcla junto al Jordán con el gentío ambiguo de pecadores que esperan bautizarse, que ciñe la toalla y se arrodilla para lavar los pies de los suyos. No apartar la mirada del hombre azotado y escupido en los sótanos del palacio de Pilato; reconocer en él al Transfigurado del Tabor y escucharle, *precisamente ahí*, decir: "Yo he venido al mundo como luz, para que ninguno que crea en mí quede a oscuras" (Jn 12,46).

Rondar el "abajo" de nuestra historia, acercarnos descalzos a las *vidas oscuras*, anónimas, hundidas, de tanta gente. Pedir la gracia de poder permanecer junto a los que viven las *horas oscuras* del dolor, de la soledad, del abandono. No huir de nuestras propias horas oscuras: las del fracaso, las disminuciones y los límites.

Ejercitar ahí la mirada de la fe y, lo mismo que descubrimos al Rey por debajo de los atributos de la burla, reconocerlo también en todo eso ante lo que sentimos la tentación de esconder el rostro o de negar su existencia.

4. *Reconvertir nuestros hábitos pastorales*. Sabernos, más que poseedores de una luz que otorgamos generosamente a otros, hermanos que le comparten, como cuando, en la noche

de Pascua, nos pasamos unos a otros la luz del cirio con nuestras pequeñas candelas.

Alegrarnos con la luz que nos da el Resucitado y con la convicción creyente que recibimos de él de que, además de oscuridad, el hombre es otra cosa, y que es posible trascender la negatividad de la historia, no escapando de ella, sino transformándola desde dentro.

Recordar que no siempre podemos hablar de la luz, pero que sí podemos ofrecer gratuitamente la calidez y la lealtad de un amor que no nos pertenece, pero que nos habita. Y reconocer que no lo tenemos claro, pero que estamos ahí, disponibles y cercanos, para caminar junto a los otros soportando preguntas, apuntalándolos mutua y fraternalmente la esperanza, horadando pacientemente la corteza del campo que esconde celosamente el secreto de un tesoro.

5. *Dar fe a la Palabra que nos asegura que la oscuridad tiene dirección.* Creer que hay un sentido que empuja y se abre camino a través de ella con la fuerza débil del niño que sale del seno de la madre, o del germen de la espiga que rompe la entraña oscura de la tierra hasta salir a la luz. Con la del Viviente que atravesó la noche de la muerte, hasta saciarse de claridad en presencia del Padre.

Habitar esperanzadamente la oscuridad, porque es la novedad del futuro lo que da vigencia al presente, lo que hace que las tinieblas de ahora hayan perdido su categoría de absoluto. Porque "aquel día oirán los sordos las palabras del libro y sin tinieblas ni oscuridad verán los ojos de los ciegos" (Is 29,18).

Echar a andar por un camino del que desconecemos casi todo y en el que sólo nos sirven de guía las huellas de quien lo recorrió antes que nosotros y el ánimo que nos da su Espíritu.

Quizá nos acompañe también una extraña alegría que, como a los de Emaús, ponga nuestro corazón en ascuas.

Quizá no la sentimos más que como un hilillo tenue de agua. Pero es agua que mana de una fuente que permanece oculta y cuyo origen presentimos oscuramente.

Aunque es de noche.

(De la revista **SAL TERRAE**, de Teología Pastoral, Apartado 77-39080 Santander, (España), Nº 11, Noviembre 1990, ofrecemos las págs. 768-777).

"Cuando hemos renunciado completamente a hacer algo por nosotros mismos (...) para vivir en lo que yo llamo la realidad temporal, es decir en la plenitud de las tareas, de los problemas, de los éxitos y de los fracasos, de las experiencias y de las perplejidades, entonces nos entregamos por entero en los brazos de Dios; ya no nos preocupamos por nuestros propios sufrimientos, sino por el sufrimiento de Dios en el mundo, y velamos con Cristo en Getsemaní: (...) es así como se logra ser un hombre, un cristiano".

DIETRICH BONHOEFFER